

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. D. Elias Galán, Comercio, 62

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.ª, deha.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10 »
Idem atrasado..... 0,15 »

Pago adelantado.

La Pasión

de Jesús continúa.

CRISTO resucitado ya no muere, ni la muerte tiene dominio sobre Él en lo futuro, dejó escrito S. Pablo y así lo creemos todos los cristianos que no pertenecemos al modernismo ni estamos tocados de racionalismo. Ya no muere, sino que triunfa, y triunfará por siempre con los elegidos, para quienes es la gloria, el gozo y la corona.

Pero los elegidos, que lo han sido desde toda la eternidad, se justificarán en el tiempo y por medió de esta justificación se hacen merecedores de la glorificación. Y como su número, solamente conocido de Dios, no ha de completarse sino con el último día; de tal suerte, que hasta entonces ha de haber en el mundo seguidores de Cristo, imitadores de Cristo, crucificados con Cristo y perseguidos por Cristo, hasta aquel día último, día de ira en que el mundo se convertirá en pavesas, ha de estar padeciendo Jesucristo.

Por lo cual el mismo S. Pablo, que nos asegura que Cristo resucitado ya no muere ni padece, porque ha vencido la muerte desatando las cadenas del infierno, asegura también de sí mismo que llevaba en su propio cuerpo las llagas de Jesús y que suplía en sus miembros lo que faltaba de la pasión de Cristo.

Todo lo cual se armoniza admirablemente con sólo tener en cuenta el motivo de la Encarnación, y que en Cristo hay que considerar el ser real, el Cristo histórico, y el ser místico y el Cristo místico, que no deja de ser también real é histórico, porque en la historia vive y en la historia se desenvuelve.

Encarnó el Verbo eterno haciéndose Cristo, para redimirnos á todos los hombres y salvar á los predestinados. Y nos redimió padeciendo y muriendo en la Cruz, con lo cual nos mereció y alcanzó del Padre el perdón de nuestras culpas y la paga de nuestras deudas. Mas, como los hombres no vivimos todos en el mismo tiempo, sino que vamos apareciendo y desapareciendo sucesivamente en la tierra, el fruto de la Redención debe aplicarse por necesidad en la sucesión de los tiempos y aplicarse de la misma manera que se consiguió, esto es, padeciendo y sufriendo cada uno lo que faltaba á la pasión de Cristo, según la frase de S. Pablo, y aun en conformidad con lo que el mismo Salvador dijo á los discípulos que iban el domingo de la Resurrección á Emaús: ¿Acaso no convenia que el Cristo padeciese todas esas cosas y pudiera así entrar en su gloria?

Padeció, pues, el Cristo histórico padecimientos reales en su cuerpo real, y después de haber padecido y sufriendo entró en su gloria sempiterna.

Padecer ha el Cristo místico con padecimientos reales en su cuerpo místico y sin esos previos padecimientos no entrará jamás en la gloria ni será participante de la bienaventuranza, que se consigue con y por la cruz y solamente con ella y por ella.

El cuerpo místico de Jesús es la Iglesia, que se fundó para que continuara en el mundo la obra divina de la Redención. Tal es la doctrina del Vaso de elección, aprendida, no de los hombres ni por los hombres, sino por revelación de Jesucristo cuando le elevó al tercer cielo; y de este cuerpo místico somos miembros todos los cristianos, desde el Papa, que hace de cabeza en la Iglesia, hasta el último bautizado. Porque mediante el bautismo somos incorporados á Cristo, injertados en Él, como se injerta el acebuche en el olivo—comparación del mismo Apóstol—para que pueda producir aceite.

Así se comprende cómo Cristo resucitado no puede padecer, y cómo continúa padeciendo y padecerá hasta que rescite. Padeció y resucitó Cristo-Dios y hombre; padece hasta el día de la Resurrección, en que se acabarán las penas. Cristo-Iglesia. Padecimientos morales y físicos sufrió Cristo Dios; torturas físico-morales sufre y sufrirá Cristo-Iglesia. «Mi dolor, se había escrito de Cristo-

Dios, se halla siempre delante de mí». «En el mundo estaréis siempre oprimidos», se ha escrito de los miembros de Cristo Iglesia. De manera que la Iglesia sigue en todo y por todo las huellas dolorosas de la dolorosísima Pasión de Cristo, como preámbulo de su exaltación y triunfo glorioso con Cristo.

Hasta en las circunstancias externas se parecen la Pasión de Cristo y los sufrimientos de la Iglesia. La sinagoga, madrastra de Jesús, fué la promotora é instigadora de la Pasión del Redentor, gritando por boca de sus pontífices y doctores el *crucifige, crucifige, tolle, tolle*, que dió al traste con las convicciones de un juez débil. La misma sinagoga

masónicas, piden á gritos desaforados la muerte de Cristo-Iglesia; parece que es todo el pueblo y no es verdad; porque «todo el pueblo iba en pos de Él», según el testimonio de los pontífices judíos; como todo el pueblo está con Ella, según el testimonio de nuestros ojos. Pero como aquél era un pueblo acobardado que dejaba gritar sólo á los enemigos de Jesús, así hoy el pueblo cristiano, la inmensa mayoría del pueblo, parece que no existe: puesto que sus gritos en favor de la Iglesia no se oyen, y solamente se escuchan los aullidos de sus enemigos.

¡Qué admirables son, Dios mío, las armonías que habéis establecido en el orden reli-

desde el cémit, y á las flores dió su olor, y sus espumas al mar, y sus ricas plumas á los pájaros cantores...

¡Y era Dios!.. El que vistiera con su manto de escarlata al alba, y su reir de plata á la fuente concediera...

El que en la azulada esfera puso esos astros inmensos que, en el espacio suspensos su hermosa luz derramando, van sin descanso cruzando los horizontes extensos...

¡Y era Dios!.. Quien de la sierra en las entrañas distantes ocultó ricos diamantes que avara guarda y encierra.

Quien del lodo de la tierra, de sucia materia impura, á la humana criatura formó, colgando en su frente un rayo del foco ardiente que en su ser de Dios fulgura...

¡Y era Dios!.. Y Él á quien dieron trono las rosadas nubes, á quien los puros querubes su vasallaje rindieron y ante sus plantas tendieron su amor excelsos y fecundo, abandonado del mundo, pobre, triste y solitario, en la cumbre del Calvario sufre su dolor profundo...

II

¡Miradle! Vedle clavado en el leño de la Cruz; tiene los ojos sin luz, su casto cuerpo llagado...

Al pie del árbol sagrado, de donde Cristo-Dios pende, la vil multitud se extiende y su voz enronquecida, en blasfemia convertida el cóncavo espacio hiende...

¡Miradle! Exánime, yerto: Él que á cuanto existe da vida y aliento, hoy está por nuestros pecados muerto.

Y el universal concierto de armónicas melodías que oyó en los primeros días de su creación Natura, es un canto de amargura, con téticas melodías...

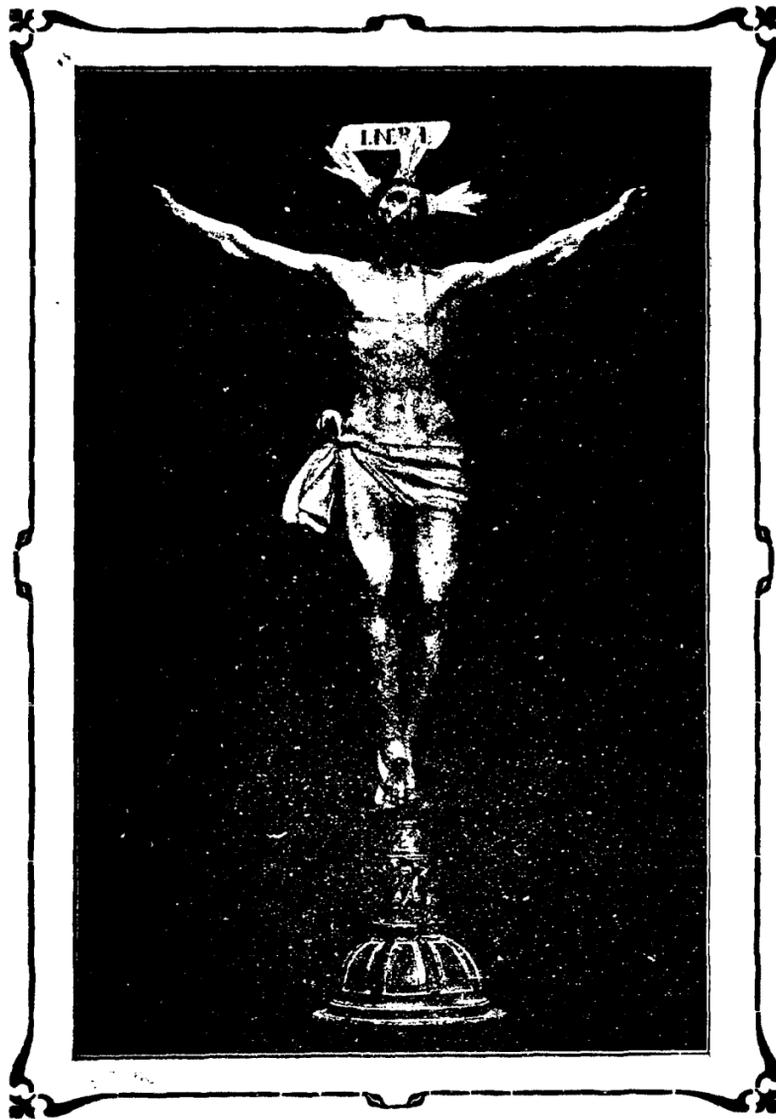
¡Que el pájaro ha enmudecido en la fronda, y negro velo por el ancho y terso cielo azulado, se ha extendido!..

¡Que el claro sol se ha escondido tras él, y la luna hermosa luciente y esplendorosa brilla en la cerúlea esfera, y la horrible calavera de su tumba alza la losal

Y sólo, por la extensión del inmenso firmamento, suena el repugnante acento de la procaz maldición que, en su loca perversión, en su torpe ceguera, arroja la humanidad contra su Hacedor bendito; ¡aquel su Dios infinito que es Luz, Camino y Verdad!

III

¡Quién á su frente ciñó cerco de agudas espinas? ¡Sus puras sienes divinas quién en el leño clavó?



hace hoy idéntico oficio por medio de sus rabinos, que gritan desaforados el *tolle, tolle* de sus padres, queriendo que á todo trance desaparezca la Iglesia de sobre la haz de la tierra.

El masonismo judío es hoy el motor, como lo fué antes, de las revoluciones populares, de los alborotos de las turbas, de la debilidad de los magistrados, de la sentencia injusta é inicua de los poderes públicos contra la Iglesia; porque el ensayo de Jerusalem no lo ha olvidado, y como entonces consiguió crucificar á Cristo-Dios, así ahora está consiguiendo la crucifixión de Cristo-Iglesia.

¿Qué más? Turbas enloquecidas pedían la muerte de Jesús; turbas más numerosas, pero timidas y acobardadas, vieron impasibles aquella muerte sin hacer nada para evitarla. Hoy se repite el mismo fenómeno. Unos cuantos, extraviados por las doctrinas rabino-

gioso-moral! ¡Con cuánta sabiduría vais desarrollando vuestro divino plan de la Redención por medio de la Pasión de vuestro Hijo muy amado y de vuestra esposa querida!

F. VALBUENA.

Dios en la Cruz.

I

¡Y era Dios! Quien con su mano del negro abismo profundo de la nada, sacó un mundo sorprendente y soberano...

Quien hizo que el sol ufano esparciera sus fulgores

¿Quién su cuerpo desgarró
con lanzada penetrante
que su corazón amante
dejó abierto? ¿Quién impío
puso al dulce Dueño mío
en patíbulo infamante?

¡El hombre! ¡Yo! ¡Vil gusano
que lleno de altivo encono
pretende escalar el trono
de su Hacedor soberano!

¡El hombre! ¡Yo! ¡El polvo vano
que en su profunda demencia
quiere hollar la omnipotencia
de aquel Dios justo y clemente
que la idea dió á mi mente
y me prestó la existencia!

¡Yo soy aquél! el malvado
que, en su perverso delirio,
le ha conducido al martirio:
el que le ha crucificado:
el que sus pies ha clavado
y sus manos sujetó
al duro leño, y ciñó
sus sienes de espinas fieras,
y con palabras groseras
de su Nombre blasfemó.

¡Yo soy aquél! el que un día
al Gólgota le llevara
y grandemente gozara
contemplando su agonía...

Y aquél, que aun cuando sabía
que aquella horrible pasión,
de mi eterna redención
era el precio, con locura
prosiguió mi ánima impura
en su ciega obstinación...

IV

¡Vedle en la Cruz; ¡Y Dios era!
Quien al alba dió arreboles
y colgó lucientes soles
en el tul de la alta esfera.

El que á la feraz pradera
vistió de flores fragantes;
que en las ramas cimbreantes
puso tentadores nidos
y á la fronda dió ruidos
y al mar olas espumantes...

Y Él, que hizo la hermosura
de la Creación grandiosa,
y dió fragancia á la rosa
y su azul á las alturas,
entre indecibles torturas,
entre infinitos dolores
expira, y los amargores
sufridos en su pasión
la prueba más clara son
de sus divinos amores.

¡Que el amor á los mortales
del cielo le hizo bajar
y á su corazón gustar
las miserias terrenales!

¡Que para curar los males
de mi ánima pecadora
en el Olivete flora,
sube al sangriento Calvario
y olvida lo y solitario
muere en la Cruz salvadora!.

.....
¡Humanidad! póstrate
ante la Cruz bendecida:
confusa y arrepentida
á tu Dios en ella, ve!
¡Para redimirte fué!
Para limpiar tu maldad
sufrió la horrible crueldad
que le diste en su pasión...
¡Llora, loco corazón!
¡Llora, impía Humanidad!

Pedro J. DE CASTRO.

El silencio de Jesucristo.

QUÉ magnífico es el silencio en la eternidad! ¡Qué inenarrable es para las criaturas la vida divina!

Dios, antes de producir á las criaturas, se movió; pero aquel movimiento grandioso no era causa de vibraciones que determinaran el ruido. Aquel movimiento engendraba un Verbo y procedía el Espiritusanto.

Aquel movimiento del entendimiento del Padre era el principio de un Verbo, que esta ba formado, que nunca había estado en potencia, sino siempre en acto, de un Verbo para el que no se había necesitado ni los sentidos que percibieran, ni la virtud agente de entendimiento que por diversas operaciones forme su Verbo. Un Verbo formado por la contemplación de la Verdad. Un Verbo perfecto, que no es cual dice San Agustín, *Un Verbo que contenga menos que la ciencia del que le produce*, que es á lo que nombra *Verbo imperfecto*. El Verbo del Padre es el Verbo perfecto expresivo de todo cuanto hay en el Padre y en las criaturas. Todo se expresa en

El la esencia divina, los divinos atributos, las relaciones, las criaturas posibles y las criaturas que en el tiempo tendrán existencia.

El movimiento del entendimiento del Padre es comprensivo de la esencia divina y se extiende intensiva y extensivamente al objeto del conocimiento sin que nada de cuanto hay en la esencia falte al Verbo Eterno de Dios. Verbo que debe ser las delicias del hombre al saber por la revelación que el Verbo es lo más hermoso en que puede ocuparse la actividad del humano entendimiento; pues la revelación le asegura que el Verbo divino no es como el humano, que modifica el entendimiento de quien es forma, sino que el Verbo divino es subsistente, siendo en Dios el entender y el ser, el entendimiento y la cosa entendida la misma esencia divina: en Dios no se necesitan formas extrañas que representen el objeto entendido, y siendo perfecto el Verbo no son necesarios multitudes de Verbos, que el hombre poco á poco vaya formando para ir con grandes trabajos concibiendo las ideas de los seres que á su consideración se ofrecen, por lo que el Damasceno afirmó: *El Verbo de Dios es subsistente y ente en la hypostasis, nuestros verbos son virtudes del alma*.

El silencio de la Eternidad no se interrumpe por la operación común al Padre y al Hijo produciendo por aquella voluntad divina que

ficencia, Voz del Señor, que hace pedazos los cedros, la voz de Dios siempre la escucha el hombre. ¿Qué valen las afirmaciones de hombres vanos, que niegan á la razón el poder de conocer la gloria del Señor de todo, cuando los cielos y la tierra la están proclamando?

La naturaleza enseña al hombre un lenguaje divino: pero no lo estimó Dios suficiente para que el hombre no se extraviara del recto camino, y en el mismo paraíso le comunica el lenguaje de la palabra hablada que tanto le facilitaría para el aumento de los conocimientos que debiera poseer. Nunca quiso Dios dejar abandonado al hombre y en todo tiempo le hace poseedor de sus divinas doctrinas revelándole sus secretos inescrutables para el poderío de su razón.

Tanto fué el amor de Dios al hombre, que su mismo Verbo, vestido de la naturaleza humana, le hace conocedor de las eternas y silenciosas operaciones divinas. ¿Y cómo quien tanto manifiesta al hombre guarda silencio interrogado por los que han de juzgarle?

Pilatos que oyó el nombre de la Galilea á aquellos acusadores de Jesús, que ora le imputaban ser trastornador del pueblo; ora negar la autoridad del César, porque prohibía pagarle el tributo; ora diciendo que *El es el Cristo Rey*, se le envió á Herodes, estimando falsamente que éste era competente

maba en el desierto por la instigación de una mala mujer, que no podía sufrir la dieran en rostro con su reprobada conducta con el mismo Herodes, hermano de su marido Filipo, Tetrarca de la Ytúrea. Herodes Antipas, hombre ambicioso del mando de la Judea, y dispuesto á complacer á los judíos para conseguirlo, es quien ha de juzgar á Cristo, á quien desde el Pretorio que estaba al Oriente de la ciudad había enviado Pilatos al palacio de Herodes que en situación opuesta se hallaba colocado.

Herodes se goza mucho de ver á Jesús en su presencia, espera contemplar algunos de los prodigios que ha oído contar de Jesús, y le hace muchas preguntas. ¿A todo esto, qué responde Cristo? El Sagrado Texto nos lo dice con un laconismo admirable en estas palabras: *Mas El nada le respondia*.

¿Por qué este silencio guarda con Herodes, quien se complace en enseñar á todos los hombres? Porque Herodes es un vicioso, un escandaloso, le domina el espíritu de curiosidad vana; ha mandado dar muerte al Bautista, y está dispuesto á burlarse de Cristo, y Cristo á estos hombres los deja entregados á la vanidad de sus pensamientos. Dios nos conteste á nosotros siempre que le preguntemos. Jesús habla continuamente á nuestro corazón, para que no se goce en el espíritu de curiosidad, sino en el amor de la verdad, que es Cristo Jesús.

Anacleto HEREDERO

Mater Dolorosa.

Ascendimiento de la Cruz.

(Primera acci6n de la Academia Mariana.)

Bella Raquel, ¿por qué lloras?
¿Quién turba tus pensamientos?
¿Por qué de tu lindo rostro
las flores palidieceron?
¿Por qué de Ramá resuenan
los montes con tus lamentos?
¿Qué fué de aquel Hijo amado
encanto de tierra y cielos?
Dime, graciosa Noemi,
¿Cómo dejaste á tu pueblo?
¿Qué alegre á Moab marchabas,
y qué triste es tu regreso!
¿Cómo tan huérfana vuelves
del dilatado destierro?
¿Dónde dejaste á tu Esposo,
dónde al Hijo de tu seno?
Pobre Agar, ¿quién te ha arrojado
á la arena del desierto,
para ver horrorizada
morir á tu Hijo sediento?
Pálida, inmóvil estatua
del dolor y sufrimiento,
piadosa Resa, ¿qué haces
al pie del suplicio horrendo?
¿Qué se hizo tu siroso talle,
qué tu ondulante cabello,
qué tu frente nacarada,
qué tus mirares de cielo?
Llora al pie de esa Cruz negra,
llora trapasado el pecho
con siete agudas espadas,
que para tí no hay consuelo.

El hijo de tus entrañas
que Simeón llamó acero,
que tu alma traspasaría,
que salvaste en el destierro
que por perdido lloraste
cuando aún era niño tierno,
que en la calle de Amargura
viste hoy de sangre cubierto;
mírale ya suspendido
entre la tierra y el cielo,
entre dos facinerosos
enclavado en duro leño.

Corona de espinas cerca
su frente de Nazareno,
ni el sudor limpiarle puedes,
ni peinarle los cabellos.
Velan sus ojos divinos
coágulos sanguinolentos,
no te miran, no los mires,
no muertas viéndote en ellos.

Pobre Madre, no pudiste
dar agua á sus labios secos
cuando en la Cruz exclamaba:
¡ay! Madre, de sed me muero.

No latirá junto al tuyo
su corazón dulce y tierno,
porque terrible lanzada
le traspasó todo el pecho.

Yertas y frías sus manos,
sus brazos fríos y yertos,
ya no te harán más caricias
ni cercarán ya tu cuello.

Muertos están esos pies
que trazarón los senderos
de la verdad y la vida;
ya no podrás ir tras ellos.

¡Oh Cruz bendita, árbol santo!
dobla tus ramas al peso
del fruto de mis entrañas,
la Madre te está diciendo,



no había quedado exhausta porque lo quedara el entendimiento en la generación del Verbo, sino que había sido recibida por el Verbo fecunda para la producción de su término adecuado, que de aquella única forma espirativa procede el Espiritusanto, como de su único principio del Padre y del Hijo.

¡Qué silencio, el silencio eterno!
Dios por su acto eterno determina que en el tiempo termine su operación sacando las cosas de la nada, y constituyéndolas en sus seres tan distintos y diversos que vienen á expresar un poco la majestad y grandeza del poder Omnipotente, que no pudiendo en una sola criatura comunicar la infinitud de su ser, necesita de una serie graduada de seres que canten sus alabanzas y pregonen su poder. No bastaban los seres que, careciendo de entendimiento, no podían referir las vibraciones al autor de quien existencia recibieran, en ese armonioso concierto de cánticos á Dios era preciso se oyera el verbo del verbo inteligente, que percibiendo la voz de toda la naturaleza creada, interrumpiera el eterno silencio, y uniendo su voz á la voz de todo Dios fuera engrandecido y ensalzado por la obra de sus manos.

Desde el momento que fué echado el puente por un poder infinito entre la nada y el ser y fueron producidos los cielos y la tierra con la riqueza de su ornamentación y las vibraciones de los cuerpos sonoros pudieron impresionar á la obra, compendio de la creación, al hombre, la Voz del Señor en magni-

para juzgar á Jesús. No se le ocultaba á juez tan perspicaz, cual era Pilatos, que Herodes carecía de autoridad para intervenir en el proceso de Jesús. ¿Por qué Herodes Antipas Tetrarca de la Galilea, hijo de Herodes, Ascalonita, Rey de Judea, se había de constituir en tribunal en Jerusalem para fallar en los atropellos que escribas y fariseos y el populacho cometían contra la misma inocencia de Cristo Jesús?

Herodes ninguna autoridad podía ejercer en Jerusalem. Si Jesucristo hubiera podido cometer delitos en la Galilea, como le imputaban, y allí hubiera sido preso, entonces deberían juzgarle los Tribunales que se establecieron en tiempos de los Macabeos, y de que se hace mención por vez primera en el reinado de Hircano II, aunque sus atribuciones estuvieran limitadas después de conquistada la palestina por los romanos.

Pilatos, sucesor en el mando de Judea de Archelao, no inmediato, porque ya era el sexto de los Presidentes romanos, juez débil é irresoluto no cumple con los dictados de su conciencia no absolviendo al inocente, y él remite, faltando á todas las leyes del pueblo sometido á la jurisdicción romana, y á la autoridad que la conquista de los romanos había puesto en sus manos, á un juez extranjero, que ninguna autoridad tiene en el lugar en que se encuentra; que es un hombre perverso; que ningún inconveniente se le ha puesto por delante para derramar la sangre inocente del que era la Voz de Cristo que cla-

Cruz santa, si eres la espada de David, tu filo fiero vuelve contra el enemigo, no contra mi amante pecho.

Cruz dulce, si eres la vara de Moisés en el desierto, que de Mará el agua endulza, no seas para mí ajenos.

Si eres llave de David, Cruz bella, y abres el cielo, no le cierras á la Madre, que al Hijo ya tiene dentro.

Cruz suave, si eres de rosas y azucenas blando lecho, libre de clavos y espinas dame ese lirio sangriento.

Si allá en el campo tus ramas doblaba el aire ligero, ¿por qué en este monte santo no las doblan mis lamentos?

Subid, varones piadosos, Santos José y Nicólemus, subid á esa alta palmera, coged su fruto sin precio.

La ensangrentada cabeza y frente del Nazareno, libres dejallas de espinas y pies y manos de hierros.

Madre affigida, apartáos, dejad el Calvario presto, volad, paloma del Arca, de este diluvio sangriento.

¿No véis que si libre queda la Cruz de tanto instrumento de martirio, va vuestra alma cargando con todos ellos?

Leed de cerca ese rótulo que sobre la Cruz pusieron, que á vuestro Hijo llama Rey, y es sólo Rey de tormentos.

Ved la corona que os traen que no es de gloria ni imperio, mas corona de ignominias y punzantes improprios.

¿No oís del duro martillo el golpe terrible y seco, que á la Cruz clavos arranca y los clava en vuestro pecho?

Sostened á vuestra Reina, Arcángeles del consuelo, pulsad, profetas, las arpas, y divertid sus tormentos.

¡Pobre Madre! alzad los brazos, que sean refugio y puerto al Hijo que muerto os traen cual náufrago asido al leño.

Mas ¿qué sirve que descienda de la Cruz su santo cuerpo? Si al llegar á vuestros brazos es tan terrible su peso; si se halla descoyuntado, si está de heridas cubierto, y se os van y se os caen pesadamente sus miembros.

¡Triste Madre! desfallece, y al pie del terrible leño se sienta estrechando al Hijo contra el regazo materno.

Hilo á hilo amargas lágrimas van de sus ojos cayendo, y las llagas van lavando y se evaporan al cielo.

¿Quién, Hijo mío, le dice, ensangrentó tus cabellos, quién empañó de tu frente y tus ojos el espejo?

¿Qué vendabal azotando tu rostro santo y sereno marchitó así tus mejillas y dejó tus labios secos?

¿Es esta acaso la boca, boca del divino verbo, boca que habló maravillas, boca que habló con imperio?

¿Quién ha llagado tus manos, las manos que el mundo hicieron? ¿Quién paró estos pies heridos que anduvieron tierra y cielos?

¿Cómo abriste, dura lanza, este enamorado pecho? ¿Cómo sus pies y sus manos llagásteis, crueles hierros?

Mira, Hijo mío, á tu Madre, no acrecientas mi tormento, mira llagada mi alma cual llagado está tu cuerpo.

La sangre de este Abel justo recibid, oh Dios eterno, y de la Madre las lágrimas recibid en vuestro seno.

Calmen vuestro justo enojo tanto dolor y tormento; sangre tanta y tantas lágrimas del mundo sean remedio.

Vosotros, santos varones, dadme este triste consuelo, si le lleváis al sepulcro, dejad el sepulcro abierto.

Da al aire, Raquel, tu llanto,

Noemi, marcha al destierro, abrázate á la Cruz, Resfa, pobre Agar, torna al desierto.

Paloma que en la alameda dejas al consorte muerto, llora, llora, pobre Madre, que para tí no hay consuelo.

Señora, si los mortales, cuando el dolor no há remedio, nos asociamos con lágrimas á los pesares ajenos;

recibe en dorada copa las lágrimas que vertemos los cristianos contemplando tan triste descendimiento.

Serapio LISO Y ESTRADA.

Los soldados de la Sagrada Pasión.

Al invadir el procónsul romano Pompeyo á la Judea so pretexto de una intervención para dirimir y apaciguar las luchas y discordias civiles y religiosas á que

crueldad de los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, al ver consumada la muerte afrentosa que habían deseado para Jesús, temerosos, como cobardes y traidores, de que se cumpliera la profecía de la resurrección por medio de alguna añagaza de los discípulos, como ellos se presumían, acudieron por última vez á Pilatos con la pretensión de que les facilitase una guardia para vigilar el Sepulcro, á lo que no accedió el Pretor, despa-chándolos en hora mala y diciéndoles: *guardas tenéis, id y guardarlo como sabéis* (1). Con lo que les quiso decir que dispusieran de sus soldados, que bien acreditado tenían que sabían hacer el servicio de guardia, pues no estaban dedicados á otra cosa en el templo y en el palacio del Pontífice.

Este hecho, al parecer insignificante, fué sin embargo de permisión providencial, pues es la garantía de no quedar á la posteridad duda alguna de que el Divino Salvador efectivamente había resucitado.

En efecto: si la guardia del Santo Sepulcro la hubieran dado soldados paganos, como que no tenían interés alguno directo ni indirecto respecto al cadáver que allí había sepultado, podría caber la sospecha de que efectivamente los discípulos del Divino Maestro hubieran podido sobornar á los guardias ó embriagarlos ó éstos descuidar de tal modo la vigilancia, que se hubieran entregado



en su decadencia habían llegado los judíos, les dejó tan sólo un remedo de soberanía imponiéndoles la autoridad política y respetándoles la autonomía religiosa con su jerarquía sacerdotal.

Entre los privilegios jurídicos y religiosos que conservaron, uno de ellos fué el de poder mantener un pequeño cuerpo de tropas exclusivamente indígena, para la custodia del templo y guardia personal del Pontífice.

Este cuerpo era reclutado entre israelitas ortodoxos, con exclusión de samaritanos, galileos-gentiles, filisteos y sirios; gente escogida y de toda la confianza del Sanhedrin. Tropa muy distinta de la que presidía en la Palestina, que era compuesta de legionarios romanos idólatras.

Así, pues, al estudiar los detalles de la Sagrada Pasión de nuestro Adorable Salvador, debemos distinguir el diverso carácter de los soldados de que nos habla el Santo Evangelio.

Los de la casa de Caifás, ante los que negó por tres veces San Pedro á su Divino Maestro, los que le abofetearon al ser sentenciado á muerte como blasfemo, y los que le condujeron hasta el Pretorio para ser allí acusado por sedicioso revolucionario enemigo del César, eran judíos. Y los que ya se hicieron cargo de El y continuaron sus horribles martirios hasta dejarle yerto en la Cruz, fueron romanos.

Cuando ya parecía que debiera haberse dado por satisfecha la insaciable venganza y

tranquilamente al sueño, por ser servicio que consideraban baladí y sin importancia alguna, como era velar ante un sepulcro de uno á quien ellos mismos habían ajusticiado y que les constaba perfectamente que estaba bien muerto.

Mas siendo la guardia compuesta de soldados judíos, interesados en que nadie se acercase al Sepulcro, escogidos como es de suponer por los escribas y fariseos de los de más confianza y con prevenciones severísimas respecto á la vigilancia, no ha podido quedar así, ni la más ligera sospecha de que los dichos soldados, ni pudieron ser sobornados, ni embriagados, ni que se durmiesen; como no fuera de una manera superior á su voluntad.

Y así aconteció: pues á pesar de toda aquella marcial y exquisita vigilancia, al sentir el terremoto, el ruido horrisono, el resplandor deslumbrante y la presencia del ángel que rompió los sellos y abrió el Sepulcro para dar salida al cuerpo glorioso del Divino Resucitado, quedaron electrizados, inmóviles y abrumados de pánico terror, mientras que las tres tímidas y cuitadas Marias, no sólo no quedaron espantadas, sino que, como la cosa más natural y esperada, entablaron dulce y tranquilo coloquio con el angelical mensajero.

Manuel CASTAÑOS Y MONTIJANO

(1) San Mateo, XXVII, 65.

¡Pobre Madre!

Uno de los profetas de la Ley Antigua, el enviado por Dios para animar á los judíos á que restaurasen completamente su soberbio templo, había dicho «en estilo alto y misterioso», quinientos años antes de la venida del Cristo, que llegaría un día en que las cuerdas del corazón, escondido en el pecho de la *Hija de Sión*, saltarían de gozo al ver á su *Rey, el Justo, el Salvador, el Pobre, sentado sobre un vil jumentillo*.

Cuatro días hace nada más que recordó la Iglesia á sus hijos el cumplimiento de esa Profecía de Zacarías.

El triunfo sobre la muerte alcanzado por el *Galileo*, la noticia del milagro hecho por Jesús en la persona de Lázaro, y no negado—al decir de San Agustín—*ni aun por la más obstinada incredulidad*, se había extendido con la velocidad del rayo por toda la comarca, llevando la admiración y el entusiasmo á todos los habitantes de la misma. Era, por lo tanto, necesario organizar una fiesta, preparar una función en la *Ciudad populosa*, con el único fin de celebrar por todo lo alto la entrada en aquella del *Gran Profeta*, levantado en los campos de Israel. Llegó por fin el día señalado, que fué el mismo conocido hoy con el nombre de Domingo de Ramos. Un sol espléndido y primaveral asomó su cara por el Oriente, esparciendo pronto sus rayos por las crestas y cimas de los montes de Judea, y ahuyentando las sombras que cubrían las laderas, los valles y las lomas. El camino que va de Betania á Jerusalén parecía haberse vestido repentinamente un manto verde, matizado todo él de infinidad de flores que abrían su corola para que enrase en ella un beso el astro matinal. Una brisa amorosa agitaba sus alas tocando suavemente con sus puntas las hojas del pacífico olivo, del ciprés arrogante, y hasta del sauce lloroso, el cual parecía entonces más bien riéndose. Las avecillas durmientes en los huecos de las peñas ó en las ramas de los árboles, despertaban al sentirse acariciadas por el astro del día, y después de saludarle con armoniosos trinos lanzados en el aire, bajaban á mojar sus piquillos en las aguas puras y cristalinas de los arroyuelos que bañan las llanuras del Jordán y el Valle de los Gigantes... La naturaleza toda, en fin, como que se empeñaba en compartir el júbilo y la satisfacción de un pueblo deseoso de hacer un gran recibimiento al *Jesús de Nazaret*.

Llegó el feliz momento en que los guardias colocados en las atalayas de la *Ciudad Santa* avisaron de que se divisaba á lo lejos, en el camino de Betania, el *Profeta esperado*. La alegría y la satisfacción cundieron por toda la Ciudad, cuyos habitantes se echaron á la calle con el fin de recibir, como se merecía, á quien había hecho un milagro extraordinario, cual era la resurrección de un hombre llamado Lázaro. Bien pronto vieron-se las calles de Jerusalén engalanadas con sedas y brocados; el suelo de las mismas se alfombró con los vestidos de gala ofrecidos por sus dueños; las madres y los ancianos cortaron ramos de oliva y romero, poniendo éstos en la mano de sus pequeñuelos; los doctores y maestros de la Ley tomaron por su cuenta la dirección de aquella procesión de ciudadanos, los cuales, precedidos de los niños, salieron al encuentro del que *venía en nombre del Señor*, llenándole de bendiciones y *hossannas* entusiastas al *Hijo de David*. ¡Así entró en Jerusalén el resucitador de Lázaro!..

«No se habían secado aún las verdes hojas de palma y de romero que cubrían las calles de la Ciudad y el camino de Betania, y aún se oían los ecos de los *hossannas* y las aclamaciones con que el pueblo de la Ciudad Santa había recibido al que llegaba en nombre del Señor, cuando la traición de un apóstol y la perfidia de los fariseos, habían hecho cambiar completamente la faz de las cosas.»

Los *hossannas* y bendiciones del domingo, con los cuales se ensalzaba la real majestad del *Hijo de David*, habíanse trocado de repente en mueras *al embustero, al profanador, al amigo de los samaritanos, al violador del sábado, al farsante de Galilea*. Los niños de los hebreos salidos con palmas y olivos al encuentro del que había entrado en Jerusalén montado en un *jumentillo*, se subían á las ventanas y escalaban las copas de los árboles, y de sus boquitas pequeñas brotaban grandes blasfemias, mezcladas de amenazas, precisamente con los mismos ramos ya marchitos, levantados con este objeto del sitio por donde había pasado Jesús días antes. Los lienzos y vestidos tendidos en el suelo poco há, colgaban ahora de las ventanas de la Ciudad, leyéndose en ellos con letras muy grandes estas palabras: «Jesús de Nazaret es digno de muerte». El pueblo todo que en el Domingo de las Palmas se postraba de hinojos ante la presencia del *Rey de los judíos*, estaba como apañado en todas las partes con acceso á la vía pública, y puesto de puntillas vitoreaba á la turba de soldados, sin entrañas, que conducían maniatado á Jesús, llenándole de improprios. ¡Cualquiera diría que se habían desatado las furias infernales y salido sus dragones con la boca abierta para encerrar en sus humeantes entrañas al *Justo, al Gran Profeta de Israel!*..

La muchedumbre, insensata y loca, seguía vociferando detrás del que iba maniatado en medio de dos ladrones. No se oía otra cosa que gritos, voces descompasadas y, de cuando en cuando, el ruido sordo de los tambores. De repente, una mujer «que había venido en seguimiento del Ser más querido de su alma sembrando la tierra de aquellas preciosísimas perlas de sus ojos», llena de fortaleza, propia de la mujer descrita por la Biblia, se abrió paso por entre la multitud, y atravesando una plazuela apañada de gente, llegó hasta la calle de la Amargura, logrando cruzar con su hijo la mirada más tierna que presenciaron los siglos, y esto a pesar de las lanzas interpuestas por los soldados romanos. Desde este terrible momento Ella no perdió jamás de vista a su Hijo; y si bien es cierto que algunos pasos de la Pasión no pudieron ser presenciados por aquella Madre sin ventura, no lo es menos que los seguía con los ojos de la contemplación, y escuchaba atónita la narración de los mismos hechos por el *Discípulo amado*, el cual no se apartó nunca de los sitios y lugares por donde era conducido su *Maestro*. Y cuando llegó la hora de subir la falda del Gólgota el *Dicino Cordero*, hay quien afirma que la Virgen estaba ya allí asomada al borde de la cima de la *Montaña Santa* mirando de hito en hito al nuevo Isaac que subía la leña del sacrificio sobre sus mismos hombros. Pero no es esto lo más admirable, sino el valor, la virtud, el heroísmo de esta Madre presenciando lo que van a hacer ahora con su Hijo. Ella ve todos los preparativos para la Crucifixión; el hoyo donde ha de colocarse uno de los extremos de la Cruz, los clavos, las sogas, los martillos. Ella también siente los golpes al taladrar las manos y los pies de su Santísimo Hijo, y le ve levantar en alto, y oye los retos y desafíos lanzados a su rostro, y las blasfemias de mal ladrón. Ella misma, María, así se llama esta mujer — contempla todavía más: el costado atravesado por el cuento de la lanza, la suerte echada sobre la túnica inconsútil hilada por sus benditas manos, y lo más conmovedor para una madre: el último aliento, el último suspiro lanzado en la cima del *Monte*, repetido por los valles y transmitido a las cordilleras inmediatas!...

A esa Virgen de Nazaret se refiere sin duda alguna la Historia, cuando dice: Al morir Cristo Jesús, el sol retiró de repente su luz, se agrietó el Gólgota hasta en sus cimientos, se aparecieron los muertos a los vivos y los vivos conversaron con los muertos, chocaron en medio de las tinieblas unos hombres con otros, y las madres perdieron a sus hijos. Y en medio de esta perturbación de la naturaleza, los pálidos rayos de una luna, palideciendo el último desmayo, dejaron entrever a una madre con los cabellos destrenzados, fijos los ojos en la Cruz, las manos puestas como un Sacerdote que ora, demandando piedad para sus verdugos y misericordia para las otras mujeres de Jerusalén que corrían desparvoridas, diciendo: ¡Pobre Madre!!

P. Emiliano DEL CUETO.
O. S. A.

Calavera de la Reina y Abril de 1908.



Jesús misericordioso.

El Hijo, a cada paso de su vida sobre la tierra, enseñó una verdad dogmática, realizó una maravilla o dió un alto ejemplo de su sabiduría, de su bondad y de su amor infinito hacia los que venía a redimir con su preciosísima sangre y el sacrificio de su vida. Desde el primer milagro, realizado en Caná al convertir el agua en exquisito vino, hasta su Ascensión gloriosa a los Cielos, lo mismo cuando lanza los demonios, cura toda clase de enfermedades y defectos físicos ó predica su doctrina salvadora ante las multitudes a quienes espiritual y materialmente alimenta, que cuando devuelve la vida a los muertos, predice su cercana Pasión ó se transfigura sobre el Tabor, iluminando su rostro con los esplendores de la Gloria y revistiendo su cuerpo con la albura de una pureza inmaculada, Jesús aparece como sabio, como omnipotente, como Maestro, como verdadero Hijo de Dios y Dios mismo, enviado al mundo por su Eterno Padre para llevar a cabo la gran obra de la Redención, venciendo al pecado con la misericordia, al odio con el amor, al orgullo con la humildad y al error con la verdad de una doctrina como jamás la habrán oído los hombres.

Por eso, donde se manifiesta toda la augusta majestad de los atributos de Jesús, y principalmente la fuerza de su poder sin límites, la suave dulzura de su humildad y la intensidad de su amor, es en su misericordia, perdonando a la adúltera, a la escandalosa de Magdalo, y hasta en la Cruz, patibulo afrentoso a donde le llevaron nuestras culpas, agonizante, perdona a un ladrón y a los mismos verdugos que, inhumanos, le atormentaban, y confiere esta soberana potestad a sus discípulos y sucesores para que, hasta el fin de los siglos, no falte su misericordia y puedan ser perdonados los pecadores, que arre-

pentidos y contritos de sus culpas, le busquen, pues El no quiere su muerte, porque ese es el fin de la Redención: volver a Dios lo que arrebató la astucia del demonio; romper las cadenas opresoras del pecado, y colocar al hombre en el estado de Gracia para que fué creado.

Eleuterio NUBA Y GRUESO

Abril de 1908.



Nuestra resurrección deducida

de la resurrección de Cristo.

La esperanza del cristiano es la resurrección de la carne, dijo Tertuliano. Todo hombre lleva en su corazón una esperanza, luz y norte de su vida, principio que pone en movimiento toda su actividad. Pues esta esperanza fundamental en el cristiano es la resurrección de la carne, la glorificación primero de su alma, y como complemento y corona, y revelación sublime de la gloria de su alma, la glorificación de su cuerpo. Esperando la resurrección de la carne se sacrifica la Virgen y ciñe sus lomos con las santas austeridades de la castidad, en esta esperanza viven tantos santos penitentes que, alejados de todo humano comercio, tienen su conversación en los cielos, y el escuadrón glorioso de los mártires para conquistar esta corona, derramó generosamente su sangre. Esta esperanza es para el cristiano el ambien-

tianismo, destruyendo por medio de las herejías su sostén y fundamento, a saber, el dogma de la resurrección. La estrella caída en la tierra abrió el pozo del abismo y el humo de sus tinieblas, semejante al de un grande horno, fué a oscurecer este artículo de fe, que como sol resplandecía en el cielo de la verdad católica, porque fué así que apenas hubo herejía ni secta filosófica que de uno ú otro modo no la impugnase consentimiento extraño que consignó Tertuliano como una especie de milagro moral, que siendo el error múltiple é inconstante, y no guiándose los herejes más que de su voluble capricho y de sus particulares opiniones, tan variadas y torcidas como las pasiones que las engendraron, se pusieron todos de acuerdo para impugnar constantemente el dogma de la resurrección: *Et veritas resurrectionis negatur de omnium philosophorum et hereticorum schola sumitur*. Ya el Apóstol San Pablo hubo de sostener la fe vacilante de los cristianos en este punto, y más tarde San Atenagoras, San Justino, San Agustín y San Ambrosio, hubieron de consagrar los recursos de su ingenio a deshacer las tinieblas con que le oscurecieron los herejes de su tiempo, y novísimamente en la negación universal de todo lo sobrenatural se quiere hacer ver especial contradicción en este artículo de fe, y lo peor de todo es que ha triunfado el demonio en muchos cristianos que, ó no lo creen, ó, si lo creen, no es con aquella fe, viva luz que ilumina nuestros entendimientos, hasta que luzca el día, sostén y fundamento de nuestra esperanza.



te en que se mueve, el aliento que respira y la idea que en todas sus manifestaciones pretende expresar. La profesa solemnemente en los símbolos de su fe, la establece y defiende en los escritos de sus confesores, la esculpe en los mármoles de sus altares, la inmortaliza en los epitafios de sus tumbas. En esta esperanza se gloria como en su patrimonio y herencia exclusiva. El pueblo pagano en general ni siquiera soñó en ella, el pueblo de Dios la poseyó, pero imperfectamente, y si leemos de algunos de sus héroes que en su virtud obraron cosas grandes como de aquella heroica mujer que le inmoló sus siete hijos, fué por una anticipación de los tiempos, fué que algunos de sus héroes se adelantaron a beber del agua que brotó de la piedra espiritual Cristo Jesús, pero el ser esta esperanza como bandera y cifra de una sociedad entera, fué gloria del cristianismo, porque sólo en el cristianismo verificó aquel prodigio, de un pueblo que apareció en la tierra con sentimientos y pensamientos de cielo, de un pueblo y de unos hombres que en su propio territorio vivían como peregrinos, y viviendo en la carne se regían por la inspiración del espíritu, de un pueblo y de unos hombres que pudiendo, con la virtud de su fe, tapan la boca de los leones, extinguir la violencia del fuego, escapar del filo de las espadas, no quisieron redimir la vida presente, antes escogieron ser afligidos, sufrir azotes, escarnios, cadenas y cárceles, yendo errantes cubiertos de pieles de animales por las soledades de los desiertos con la esperanza, dice San Pablo, de la futura resurrección.

Mas por lo mismo que esta esperanza es el más rico ornamento del cristiano, y lo que más le hace volar con sus deseos sobre los astros del cielo, son increíbles los esfuerzos con que el demonio ha procurado en todos tiempos desarraigarla del corazón del cris-

Pues ahora es tiempo de fortalecer esta esperanza, a la cual contribuirá este breve raciocinio deducido del Apóstol: Cristo ha resucitado en la carne con que vivió entre los hombres, nos consta por el testimonio de los apóstoles, y su testimonio es veraz, porque lo sellaron con sus milagros y su sangre: *Si autem Christus resurrexit quomodo quidam dicunt quod resurrectio mortuorum non est? ¿Cómo puede negarse que también nosotros resucitaremos? Esta unión íntima que establece el Apóstol entre la resurrección de Cristo y la nuestra se funda en que Cristo es nuestra cabeza y nosotros miembros de su cuerpo, y no es justo, dice San Juan Crisóstomo, que la cabeza viva y el cuerpo esté muerto, si es que se puede llamar cuerpo aquél en que la cabeza no comunica a los miembros el influjo de la vida. Y que Cristo sea nuestra cabeza y nosotros sus miembros y cuerpo suyo, unidos a El con unión tan estrecha que su resurrección fuera nuestra vida, es también doctrina de San Pablo, porque así, dice, como en Adán, autor de nuestra muerte, estuvimos representados en orden a la perdición, y por ordenación divina su libertad fué nuestra libertad, su pecado nuestro pecado y su condenación nuestra muerte, así en Cristo, autor de nuestra vida espiritual, estuvimos también representados y fuimos una persona moral con El, particularmente en aquellas obras suyas que hizo como Redentor de los hombres, como fueron su muerte y su resurrección. De suerte que así como el Sacerdote de la antigua ley, cuando subía al altar a ofrecer el sacrificio revestido del pontifical que simbolizaba la universalidad de las cosas, era como un mundo universo, que como iba a interceder por todos los hombres, los llevaba sobre sus hombros a todos, así Cristo, verdadero y sumo Sacerdote a cuya imagen servía todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al*

altar de la cruz nos llevó sobre sus hombros, y en virtud de esta unión quedaron en ella clavados nuestros pecados, pues así como su muerte fué nuestra muerte al pecado, así fué su resurrección nuestra vida, y al quebrantar la cárcel del sepulcro rompió las cadenas y quebrantó los cerrojos con que nos tenía sujetos la muerte, que es la conclusión que establece San Pablo en su carta a los efesios. Todos en El, dice, resucitamos y nos sentamos juntamente con El en los cielos. Por eso el mismo Apóstol le llama a continuación primicias de los muertos; primicias son frutos recogidos del campo y ofrecidos a Dios en reconocimiento de su pleno dominio sobre todos los frutos de aquel campo, y en esta oblación queda toda la mies santificada, así, en virtud de la resurrección de Jesucristo, quedó asegurada, santificada y consagrada, nuestra particular resurrección. Y a la verdad nada más justo que los que con Cristo trabajan, con Cristo padecen, con Cristo merecen, con Cristo mueren, con Cristo resucitan, justo es que los que tuvieron parte en sus trabajos la tengan asimismo en su recompensa, y pues su recompensa fué la glorificación de su cuerpo, porque su cuerpo adorable participó de los merecimientos de su alma, justo es que sus miembros en cuerpo y alma reciban la recompensa. Conclusión tan cierta y tan legítima que San Pablo, fundado en ella, no tiene dificultad en asegurar que si los muertos no deben resucitar en virtud de la resurrección de Cristo, se sigue que Jesucristo no ha resucitado: *Si resurrectio mortuorum non est neque Christus resurrexit*.

Juan Pablo LÓPEZ
Presbítero.



Sección Religiosa.

Cuarenta Horas.—Mes de Abril.—Hasta el 18, Semana Santa; 19 y 20, Iglesia de Padres Carmelitas; 21 y 22, Parroquia de Santos Justo y Pastor; 23 y 24, Parroquia de Santa Leonada; y 25, Parroquia Muzarabe de San Marcos. Se Expone a las diez de la mañana y se Reserva a las cuatro de la tarde.

Santa Iglesia Catedral.—El Jueves Santo, a las ocho y media, Oficio y Consagración de Oleos. Por la tarde, a las tres, Sermón de Mandato, por el Muy Ilustre Sr. Canónigo D. Santiago Pastor y Just.

El Viernes Santo, Sermón de Pasión en los Oficios de la mañana, por el M. I. Sr. Magistral. Por la tarde, a las dos, el Sermón de las Tres Horas, por el Muy Ilustre Sr. Celada, Canónigo.

El día 20, Sermón, por dicho Sr. Magistral. *Iglesia de Padres Carmelitas.*—Todos los días a las cinco, y desde las seis y media a las ocho y media, Misa rezada.

El jueves, a las nueve y media, los Oficios Divinos. Por la tarde, a las tres, Lavatorio y Sermón de Mandato, que predicará el R. P. Cándido de la Virgen del Carmen.

El viernes, a las seis de la mañana, Vía Crucis. A las ocho, los Oficios Divinos, y el sábado, a las seis y media.

A las cinco de la tarde del jueves y viernes, Maitines ó *Tinieblas*.

El Domingo de Resurrección, a las tres de la mañana, Maitines cantados, y a las cinco, Misa y Procesión de la Aurora.

Iglesia de Santa María Magdalena.—El Jueves Santo, a las cinco y media de la tarde, será la Procesión de la Santa Vera Cruz y Santísimo Cristo de las Aguas, recorriendo las siguientes calles:

Plaza de la Magdalena, Barrio Rey, Zocodover, Comercio, Cuatro Calles, Hombre de Palo, Arco de Palacio, Puerta Llana, Catedral, Nuncio Viejo, Jardines, Plata, Belén a la Iglesia.

Convento de San Antonio.—Los Oficios del jueves, serán a las nueve y media, y los del viernes y el sábado, a las seis y media.

El viernes, después de los Ejercicios de la mañana, se dará a dorar la Reliquia de la Santa Espina. Por la tarde, a las cuatro, Vía Crucis y adoración de la misma Reliquia.

Oratorio de San Felipe Neri.—El Viernes Santo se hará el Ejercicio del Vía Crucis a las tres de la tarde. El día de Resurrección, será la Misa de la Congregación de San Luis Gonzaga a las diez y media.

Parroquia Muzarabe de Santos Justo y Rufina.—El Viernes Santo, a las cuatro y media de la tarde, saldrá en Procesión el Santo Entierro, por la carrera siguiente:

Calle de la Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Catedral, Ayuntamiento, Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata a la Parroquia.

A su regreso, predicará la *Soledad de Nuestra Señora* el Sr. D. Carlos Añcos de la Cuedra.

Iglesia de Padres Jesuitas.—El viernes, a las oraciones, se rezará la Corona Dolorosa, y en segunda predicará la *Soledad de la Santísima Virgen*, el Señor D. Calixto Rubio y Aparicio.

El Sábado Santo, a las cuatro y media, se rezará la Corona Dolorosa, a continuación Sermón, que predicará el R. P. Fr. Lorenzo, Carmelita, después se hará la Coronación de la Imagen de Nuestra Señora, concluyendo con la Procesión y *Regina Coeli*.

Colegio de Doncellas.—El Jueves Santo, a las nueve de la mañana, Misa solemne con vestuario y Procesión con el Santísimo por el ámbito de la Iglesia. A las ocho de la noche Sermón de Pasión, a cargo de un Padre Carmelita.

El Viernes Santo, a las ocho de la mañana, serán los Oficios, y por la tarde, a las siete, Sermón de Soledad, por el mismo Padre Carmelita.

El Sábado Santo, a las siete de la mañana, bendición del agua, lumbre y del Cirio Pascual, y acto seguido será la Resurrección.

Convento de San Juan de la Penitencia.—El jueves, a las nueve y media, serán los Oficios Divinos; los del viernes y sábado se celebrarán a las seis y media de la mañana.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ